

El Juan Gandulfo de mis Recuerdos

A comienzos de 1926, un incidente produjo la renuncia colectiva de los ayudantes de la Clínica del Profesor Sierra. Los alumnos no nos percatamos del asunto sino cuando vimos aparecer de un día para otro, otras caras en vez de las conocidas de Armando León, Juan Marín, Ramón Briones y Jacobo Bronfman. Fué así como llegaron a la Clínica la Dra. Eleanira González y el Dr. Edmundo Bruna y, pocos días después, Juan Gandulfo, en calidad de Jefe de Policlínica.

Yo era a la sazón alumno, pero, atraído por la cirugía y por la personalidad del Maestro, me iba al Pabellón y a las salas en todos mis momentos libres; de esta manera, poco a poco, a pesar de las bromas de mis compañeros que no entendían del todo este afán mío de complicarme la vida, ya que este comedimiento me creaba serias obligaciones - poco a poco, digo, fuí vinculándome al equipo de la clínica y cuando aconteció lo que estoy contando, vivía ya entre los ayudantes más que entre los estudiantes. Sin embargo, nada supe del asunto hasta que aconteció. El nombramiento de Gandulfo, sin embargo, semanas después que el de la Dra. González y el de Bruna, se supo con anticipación y todos pudimos prepararnos para el acontecimiento.

Porque Juan Gandulfo no era cualquiera. Aun cuando era ya médico desde hacía seis años, su actuación como dirigente estudiantil, antes y en los primeros años de recibido, lo hacía un personaje entre admirado y temido, y lo rodeaba de una aureola casi de leyenda.

¡ Gandulfo! - Su solo nombre erizaba los pelos y producía escalofríos en la gente de orden, en las señoras y caballeros respetables. Para muchos, el Malo y Gandulfo eran una sola y mismísima persona. Se le invocaba para atemorizar a los chicos y tanto daba decirle al perezoso o al remolón que iba a venir el " cuco " como que iban a llamar a Gandulfo

Personificaba para aquella gente, el enemigo de todo lo establecido, de la paz, de la Patria, del orden, de la propiedad, de la moral, de la Religión; era el hombre sin Dios, ni ley, el anarquista, el terrorista, el traidor, el vendido al oro peruano, etc. etc. Todos, en aquella sociedad chilena del 20, que empezaba a tener conciencia de sí misma pero que todavía vivía en la tradición de los valores consagrados, del temor de Dios y del horror al cambio; todos, digo, incluyendo a quienes se decían independientes o de ideas avanzadas, siguiendo la propaganda de la prensa oficial, veían en Gandulfo al mismísimo Anticristo.

¡ Y tenían razón !

No porque Gandulfo fuera lo que de él decían los diarios, sino porque Gandulfo tenía la valentía de tratar de desesperar al pueblo, de hacerlo pensar por su cuenta, de llamar las cosas por su nombre y porque, inflamado por su amor a la libertad y la justicia, predicaba la igualdad y la lucha contra un orden de cosas ya insostenible.

Había sido dirigente estudiantil cuando la Federación se puso contra una administración corrompida y develó manejos sucios y actitudes dolosas.

Había tenido la valentía de gritar: ¡ Mentira ! cuando un Ministro, para distraer la atención pública de los escándalos del gobierno, pretextó un casus belli en el norte y movilizó al país.

Había gritado y luchado y fué perseguido y encarcelado cuando ese mismo gobierno, incapaz de acallar las voces viriles de los muchachos de la Federación, asaltó, quemó y destruyó su sede, por medio de una banda de esbirros ayudada de unos cuantos joventicos bien.

Como estudiante, había encontrado el camino hacia la clase obrera e iba a los sindicatos y agrupaciones a llevar instrucción, consejo, orientación y salud.

Había resistido la persecución y la cárcel sin sumario, por meses, sin abdicar de sus ideas y sin que su espíritu se doblegara.

Había sido un orador fogoso y temido y un panfletista caústico, decía las cosas con franqueza y mordacidad.

Para el Chile de entonces, estas y otras cosas eran mucho; especialmente cuando había nerviosidad e inquietud en el ambiente social y político y se tenía la sensación de que eran inevitables cambios substanciales en nuestros hábitos y en nuestras estructuras e instituciones.

La juventud universitaria de entonces había tenido la intuición del momento y, dando muestras de extraordinario coraje, se había comprometido en una campaña de agitación obrera y depuración política que contribuyó no poco a los cambios que siguieron y que, en cierta forma, culminaron con el triunfo de Alessandri, el año 20, al son del " Cielito Lindo " !

Gandulfo había sido uno de los líderes de aquel grupo. Su valentía, su palabra y su pluma, lo habían destacado y habían hecho de su nombre un símbolo para los estudiantes, un héroe para los obreros y un agotador y anarquista peligroso para el Gobierno.

Para comprender un poco lo que estoy diciendo, es decir, para apreciar la valentía y la franqueza de Gandulfo y el horror que su nombre producía en el ambiente, baste con transcribir algunos párrafos de sus " Carteles " en la Revista Claridad, " órgano de lucha social de obreros y estudiantes ".

" Por centésima vez los mayores contribu-
 " yentes - los que roban más - están tras
 " la mesa receptora como en la ramada del
 " rodeo: inscribiendo ciudadanos o mancan-
 " do bueyes.

" ¿ Qué más da ? ¡ Sí, amigo : el buey ti-
 " ra la carreta, empuja el arado, lleva la
 " " rastra " !

" ¡ ¡ Eh, Puntete, Mariposa, Remolacha;

" pujen maditos!! Y la picana vibra al
 " chocar contra el pellejo reseco y las
 " costillas de madera

" Y cuando están inservibles: al Matadero,
 " a recibir un puntazo en la nuca, una cu-
 " chillada en el corazón y despatarrados
 " con las tripas al aire y un timbre de sa-
 " nidad en el traste a distribuirse a las carni-
 " cerías para ser digeridos por cien estómagos.

" Así también tú, amigazo ciudadano, que pe-
 " chas en el rodeo de la mesa inscriptora

" para que te pongan un timbre en el traste
 " los patrones del partido radical, conservador
 " o comunista.

" ¿ Qué más da? Es lo mismo: a todos los ungi-
 " rás en tus amos y luego te harán arrastrar
 " empujar, tirar la carreta del Estado! Y
 " si no caminas ¡ picanazos, bayonetazos!
 " digo. Y después: al Matadero, a dejar la
 " piel para robar salitre, huano o cobre pa-
 " ra los amos, y te marcarán con una medalli-
 " ta de oro y una crucesita de hierro como
 " timbre de recompensa ". (No, no y no !

Claridad, 10 Noviembre 1923)

" ¡ Así nervioso lectorcito, ha salido por
 " esos caminos de Dios, San Espínola! En
 " una mano el puñal y en la otra la bolsa
 " de oro y atrás una estela de cadáveres
 " despreciables

" Bah.....! no te hagas el inocente, tú y
 " yo lo apoyamos con nuestra inercia. El
 " hizo justicia a lo caballero feudal. ¡Qué
 " diablos ! Era rico y para algo se tiene dinero.
 " ¿ Violó a dos muchachas impúberes y atravesó
 " a balazos a los padres porque se lamentaban?
 " ¡ Bien hecho por llorones!..... Más vale
 " que las poseyera el patrón que no cualquier
 " roto mugriento .

" ¿ Arrojó a la perrera a un muchacho por
 " robar frutas y los perros lo deshilacha-
 " ron vivo a dentelladas ?
 " ¡ Muy justo! Así escarmientan los de uñas
 " largas y aprenden a robar en buena forma.
 " ¿ Colgó de los testículos en un espino
 " a un inquilino desnudo porque se durmió
 " cuidando una represa de la siembra?
 " ¡ Espléndido, ejemplarizador ! ¿ Y si se
 " produce una inundación, con qué paga los
 " perjuicios un menesteroso dormilón ?
 " ¿ Qué se robó a una chiquilla aristócrata
 " y la hizo su amante durante un cuarto de
 " siglo y que luego se casó para asesinarla
 " legalmente ?

" ¡ Qué inteligente es el patrón ! Entiende
 " hasta las leyes. Además, a él le estaba
 " gustando la hija y la vieja estorbaba mu-
 " cho.....! "

(Claridad, Noviembre 4 de 1922).

-- 0 -- 0 -- 0 --

" Señor Intendente:
 " Los suscritos, veteranos de la guerra del
 " 79, pertenecientes al ex-regimiento Talca
 " a Ud. decimos :
 " " Que encontrándonos viejos, enfermos
 " y absolutamente faltos de recursos para

" subsistir, venimos a pedir a Ud. permiso
 " para implorar la caridad pública, por el
 " mayor tiempo posible, ya que no podemos
 " trabajar ".

" " Es justicia ".

Hay varias firmas.

" Es justicia viejitos pediguños! Por al-
 " go se mataron casi todos vuestros hermanos
 " en la guerra; no en balde dejaron el de-
 " sierto de Atacama cubierto con un arabesco de
 " esqueletos humanos; no ha sido estéril el
 " sacrificio vuestro, cruzando descalzos la
 " arena candente con los pies desollados,
 " las heridas agusanadas y bebiendo, unicamente
 " orina de mulas y caballos..... Por algo los
 " que pelearon en el mar se mutilaron a mache-
 " tazos, mientras los peces se disputaban a
 " dentelladas limpia los cuerpos sangrantes
 " y palpitantes de los náufragos.... Por
 " algo los que llegasteis vivos a tierra
 " extranjera violasteis a las mujeres, ase-
 " sinasteis a los niños y a los ancianos,
 " saqueasteis los museos e incendiasteis las
 " casas..... Por algo manchasteis con la
 " baba del teoglodita y pisoteasteis con la
 " uña del irracional la dignidad de otros
 " hombres que ciegos también, luchaban con-
 " tra vosotros, en defensa de ese algo que

" vosotros defendíais. ¡ Ese algo era la
 " patria ! ¡ La madre patria que se os
 " ha enseñado a querer y a respetar en las
 " escuelas, en las iglesias, en los cuarte-
 " les, en las plazas, en los talleres y en
 " los campos ! ¡ Esa patria por cuyos em-
 " blemas os dejaríais matar siempre! ¿ Y
 " qué de extraño tiene que hoy agonocéis
 " de inacción porque la patria os niegue el
 " pan? ¿ Qué de extraño tiene que se haya
 " castigado a los veteranos del 79 que en
 " Valparaíso desfilaron con los I.W.W.
 " llevando un cartel al lado del estandarte
 " en que, en letra de sangre se leía: " Te-
 " nemos Hambre ! " .

" **Es justicia, viejitos pediguños!** Sed hu-
 " mildes, sed disciplinados, sed respetuosos
 " con la patria y sus gobernantes, ya que
 " ellos son tan generosos y os permiten tra-
 " ficar libremente pidiendo limosna! "
 (Claridad, Diciembre 14 de 1922).

-- o -- o -- oo --

Estas frases impresionaban a la gente que, juzgando como
 juzga la gente, veía en Gandulfo a un tipo peligroso de
 la peor especie. Nadie reparaba, en cambio, que en el
 el fondo de estas frases ardorosas y ásperas, entre lí-
 neas, diríamos, se trasparentaba un vehemente deseo de

bien, de justicia, de felicidad también para los que no la tienen. Leamos otros "Carteles".

" Oye hermano: te han metido! No sólo el
 " amor es fecundo, el odio también lo es.
 " La vida es odio y amor, es lucha perenne
 " y será siempre así para que la perfección
 " sea infinita.....
 " Las flores más fragantes y más hermosas se
 " nutren con savia de los despojos inmundos
 " de los más fieros animales. Y el hombre
 " para crear devora a la naturaleza entera.
 " Los elementos se odian y se aman y producen
 " así la armonía y la belleza del mundo: la
 " tierra y el agua, el fuego y el aire luchan
 " sin fin: levantan montañas, tatúan abismos,
 " encienden volcanes, desparraman islas, siem-
 " bran bosques, siembran desiertos, salpican
 " oásis. Y en todas partes hacen brotar se-
 " res infinitamente grandes e infinitamente
 " pequeños, infinitamente hermosos e infini-
 " tamente feos, que se acechan, se persiguen,
 " se despedazan y, a veces, también se aman.
 " ¡ Oye hermano : te han mentido! No sólo el
 " amor es fecundo, el odio también lo es.
 " Para transformarlo todo, junto a un gran
 " amor, debe existir un gran odio. Para re-
 " novar se requiere junto a la diestra amodo-
 " sa y constructora que la siniestra empuñe
 " la picota implacable, demoledora: sin la
 " una la otra sería estéril, no podría ac-
 " tuar.

" Sin un gran odio al mal, no se concibe un
 " gran amor al bien; el odio a los tiranos
 " engendra la libertad; el odio a las sombras
 " despierta el amor a la luz; el odio a la
 " explotación amamantó la rebelión y el odio
 " al comunismo hará vislumbrar algo mejor...
 " Y así el camino por seguir será siempre
 " nuevo hasta el infinito". (Claridad, 7
 de Mayo de 1921).

-- o - o - o - o --

" Siembra, Juventud! La tierra es propicia,
 " el momento es único .
 " Que el bruñido arado se desgaje en astillas
 " al tatuar la corteza árida y dura que oculta
 " la tierra fecunda.
 " Que vuestras vértebras se gasten por el es-
 " fuerzo titánico del dorso doblado tras la
 " herramienta creadora.
 " Que vuestro pecho se combe pleno de aire,
 " así como el velamen de la nave en lucha con
 " la tempestad.
 " Que vuestros músculos crujan y la piel es-
 " talle bajo la tensión de los tendones y el
 " noble sudor del trabajo bañe tu cuerpo fuer-
 " te y refresque tus labios resecos como una
 " salobre brisa marina.
 " No temas ni a las zarzas ni a la noche. La
 " verdad es llama : quema e ilumina, las zar-
 " zas chisporrotearán y tenderán al viento

" sus enmarañadas cabelleras al sentir tu
 " voz profética, y las víboras serán carbonizadas
 " en su seno.
 " ¡ Siembra, Juventud! La tierra es propicia,
 " el momento es único ". (Claridad, N° 14).

-- o - o - o - o --

Bueno. Este era el hombre que llegaba a la Clínica de Sierra. Se comprende que su solo nombre despertara entre nosotros una mezcla de curiosidad, temor y admiración.

Bajo de estatura, moreno, de cabeza grande, redonda, con escaso pelo negro, boca pequeña y apretada y ojos grandes, oscuros, de largas pestañas; así era Gandulfo de físico.

Su primera actitud era siempre un poco distante y, quien sabe si desconfiada; tal vez alguno habría podido juzgarla altanera. Pero luego, a ese primer instante siempre un poco tenso, sucedía, sin transición, un gesto afable y cordial que disponía al entendimiento y a la simpatía.

A los pocos días, Gandulfo era mi amigo. Siempre lo llamé " Don Juan ". Yo fui para él, Gonzalito, hasta su última carta, fechada quince días antes de su muerte.

En Gandulfo se hermanaban, más que coexistían, cualidades que rara vez se juntan y que hacían de él una personalidad cautivante y extraordinaria: era un hombre de

acción al mismo tiempo que un idealista; era un sensitivo que sufría y se apasionaba por los demás y, al mismo tiempo, podía conservar su sangre fría y razonar con pasmosa objetividad; era bueno y generoso hasta lo increíble pero podía, al mismo tiempo, ser duro e implacable hasta la crueldad; era un cerebral, un intelectual, un hombre de gabinete y de estudio y, al mismo tiempo, un luchador combativo; era prudente y, a veces, hasta temeroso, pero sabía ser audaz hasta el arrojo; amaba la vida y la sentía y la gozaba y la vivía intensamente y, sin embargo, no vacilaba en exponerla si era necesario, ni moraba la muerte con temor. Era pequeño y de apariencia débil, pero de una extraordinaria resistencia física, que le permitió sufrir privaciones, persecuciones, cárcel, no sólo sin menoscabo sino saliendo de todo ello más fuerte y vigoroso.

BIBLIOTECAS - o - o - o - UdeC

Había comenzado su carrera como cirujano en el Hospital Arriarán y, luego, en la Asistencia Pública. Contaba las dificultades que tuvo para conseguir que lo recibieran en algún hospital; tentó en varios, nos decía, y en todos, a su solo nombre, se cerraban las puertas. Su amigo y compañero Agustín Inostroza, que era cirujano del Arriarán, quiso llevarlo a trabajar con él, pero había el problema del Director, don Ismael Valdés Valdés,

caballero de gran familia y de reconocidas ideas conservadoras. Con gran temor, Inostroza le expresó su deseo de traer a Gandulfo. Don Ismael, con gran sorpresa suya, le contestó: "Creo que cuando un hombre está desorientado es contraproducente cerrarle las puertas; por el contrario, es preciso abrírse las de par en par para que así, por sí solo, encuentre su orientación. No tengo ningún inconveniente en que traiga al Hospital a su amigo Gandulfo". Gandulfo recordó siempre con extraordinaria gratitud este gesto.

En poco tiempo, Gandulfo se destacó en el servicio y en el ambiente quirúrgico por su tesón, su capacidad, su interés y su ingenio. Cuando en 1926 llegó adonde Sierra, era Jefe de Servicio de Cirugía Infantil, siendo Inostroza Jefe de Sección.

Desde pequeño había sido diestro de manos, cuidadoso, meticuloso, pacienzudo; era buen carpintero, buen artesano, espléndido dibujante. Esas mismas cualidades unidas a su inteligencia, a su espíritu de estudio, a su juicio sereno, a su audacia y a su respeto por el bienestar y la vida del prójimo, lo llevaron a ser un espléndido cirujano. No era brillante porque repudiaba toda maniobra efectista que arriesgara más de lo que pudiera facilitar; pero era limpio, cuidadoso, delicado, respetuoso de los tejidos y de los elementos.

Tenía una gran paciencia frente a las dificultades del caso; no la tenía, en cambio, frente a las dificultades humanas que podían evitarse, y ¡ay! del ayudante torpe o negligente o de la enfermera descuidada porque, sin ofenderlo ni gritarle una frase como un latigazo, lo llamaba al orden.

Tenía un extraordinario cariño por sus enfermos chicos y grandes: los estudiaba con prolijidad e interés y gastaba grandes esfuerzos por dilucidar los casos difíciles, leer las técnicas complicadas y preparar el plan y los elementos operatorios de manera que nada pudiera fallar en el último momento. Y este interés no decaía hasta que la convalecencia se establecía en terreno firme.

Era impresionante acompañarlo en sus visitas en el Hospital de Niños. Los chicos lo adoraban y él conocía a cada uno por su nombre, y cuando los examinaba, se le entregaban sin un llanto ni una queja.

Releyendo las cartas que me escribió luego de mi traslado a Concepción, encuentro comentarios sobre enfermos míos o suyos cuya suerte lo había inquietado. Me dice, por ejemplo, en una: "Hoy falleció el operado de vesícula en que Ud. creyó insuficiente la exploración. Desgraciadamente lo retiró la familia antes que yo llegara. ¡Se fué sin autopsia! Yo puse: Ca del páncreas en la hoja individual. Me apena este caso, pero es una enseñanza para más tarde"

En otra : " A la enfermita que vi con Ud. en ésa (Concepción), colóquele un yeso pelvi-pedio y mándela a su casa. Es una niña regalona y el ambiente de hospital le va a ser dañino. Y cuando puedan, que me la traigan para acá, al Hospital, porque en el Pensionado van a gastar lo que no tienen ".

En la Clínica, pronto se destacó, y aun cuando no tenía en cirugía de adultos otra experiencia que la que le daban los años de Asistencia Pública, su capacidad, su buena técnica y su criterio le permitieron adquirir rápidamente relieves de cirujano avezado, y ganarse la admiración de los jóvenes que por allí pululábamos y el aprecio, cada vez mayor, del maestro.

Dijo de él Sierra con ocasión de su muerte:

BIBLIOTECAS UdeC

" Se incorporó a mi clínica y desde el primer
 " momento sentimos todos que habíamos hecho
 " una adquisición: Gandulfo fué allí un traba-
 " jador formidable. Ideas y métodos operato-
 " rios propios, crítico, constructivo, razona-
 " do; cuanto analizaba salía de su cerebro
 " bajo un aspecto nuevo y más sencillo, más
 " práctico. Sus disertaciones siempre ame-
 " nas y profusamente ilustradas con dibujos
 " propios, estaban todas ellas impregnadas de
 " aquella sal ática que hacía la delicia de
 " su auditorio....."

Cuando Gandulfo llegó a la Clínica, tenía 30 años. Nadie que no lo hubiera conocido podría haber pensado que ese hombre pequeño, tranquilo, y afable, era el temible agitador que se había hecho un nombre y una leyenda hacía pocos años.

Creo que las preocupaciones profesionales, por una parte, y la natural evolución por la otra, habían ido decantando en su alma un sano escepticismo que en nada traicionaba sus ideales de justicia y de redención social. Todavía conservaba indudables lazos con las organizaciones y, especialmente, con individuos valiosos de la clase obrera. Solía ir a ciertas reuniones; recibía con mucha frecuencia a dirigentes que llegaban a pedirle consejo, a conocer su opinión o simplemente a que los ayudara como médico. Pero, en general, la política no le interesaba y creo que en nuestras largas conversaciones durante aquellos años, muy pocas veces ella fué un tópico de importancia, y jamás noté en Gandulfo la menor intención de aprovechar el enorme ascendiente que tenía tanto sobre el que habla como sobre muchos jóvenes que lo mirábamos con extraordinaria simpatía y cariño, para infiltrar en nosotros principios o ~~en~~ consignas determinados.

Diría, más bien, por el contrario, que su actitud fué siempre la del máximo respeto por las ideas de los demás, con una sola exigencia en la cual era intransigente: que fuéramos sinceros y consecuentes.

Uno de los rasgos más destacados de la psicología de Juan Gandulfo era el respeto por los individuos. Podía criticar alguna actitud, podía con su franqueza a veces brutal, diferir de nuestro modo de pensar, pero respetaba hasta el derecho de los demás a equivocarse. Y con la misma objetividad con que debatía las ideas o los problemas y nos llamaba a la razón. Llegado a un momento nos habría dejado estrellarnos contra la pared, si ese era, al fin de cuentas, nuestro parecer o nuestra voluntad.

Y no es que fuera indiferente o que no lo afectaran los dolores o los errores de los demás. Recuerdo con mucha claridad como confidencialmente se dolía de que tal amigo a quien estimaba, se dejara llevar por una vehemente ambición que malograba sus cualidades; o de que este otro no aprovechara su inteligencia en labor constructiva.

Tenía el don de la amistad. Pero no de la amistad ocasional o fácil, ni de la amistad tolerante o acomodaticia o benévola que exige con la misma facilidad que perdona. Para él, la amistad era amor y cariño del alma; sinceridad hasta la rudeza; compatibilidad y comprensión viril entre dos personalidades; tolerancia y buena fe.

Era jovial y alegre y sabía ser superficial y encantador, pero jamás traicionaba su propia condición ni transigía con los principios que uniformaban su vida. Y la vida para él era cosa seria que imponía deberes y obligaciones,

que estaba regida por una moral que no toleraba transgresiones y que sólo tenía razón y justificación en el trabajo y el bien que procuraba a la sociedad.

Recuerdo cómo, cuando veía que un hombre a quien estimaba iba a cometer un error, se torturaba pensando la manera de evitarlo sin ofenderlo y sin aparecer poniéndose en su camino. Uno de nuestros compañeros de entonces estaba perdidamente enamorado de una muchacha que, según Gandulfo, no lo merecía. Varias veces me planteó la posibilidad de que él o yo le habláramos del asunto, tal como él lo había hecho meses antes con otro caso parecido, porque su amistad con aquel hombre era grande y su edad se lo permitía. Pero aquí se trataba de un hombre más joven y, en cierta forma, sensible, a quien Gandulfo no hubiera querido herir por ningún motivo.

Abandona el proyecto de abordarlo, ideó entonces el de distraerlo, y desde ese momento ese muchacho fué huésped de todas nuestras salidas, distracciones y juergas, y Gandulfo inventaba quehaceres vespertinos para apartarlo de aquel amor inconveniente. Cuando nuestro amigo, a pesar de todo, anunció que se iba a casar, Gandulfo sufrió pero no le dijo una palabra.

Era capaz de ser intrascendente, jovial y alegre cuando llegaba el momento. Le gustaba estar con amigos, sentirse en confianza y relajado. Y era en estos momentos cuando su charla, fácil y picante, nos iba revelando las anécdotas de su vida estudiantil o de su vida de médico.

Desfilaban por allí los personajes que lo habían perseguido, los amigos que había hecho en la cárcel, lo que había visto o entrevisto en su contacto con los primeros y en sus días de presidio, en aquel mundo; la actuación de algunos que no siempre habían sido consecuentes con sus ideas o no habían respondido a la confianza o a las esperanzas. Todo, contado anecdóticamente, sin amargura, sin crítica, sin pelambre ni intención.

Nos contaba, divertido, la sorpresa de muchos que lo creían un energúmeno y que, cuando se habían enterado de quien era, por ejemplo, con ocasión de algún enfermo, no habían cabido en su pellejo.

Y su alma buena se conmovía cuando alguna de esas personas había tenido para él alguna manifestación de simpatía, de reconocimiento. Guardaba, por ejemplo, un recuerdo de hondo afecto por don Ismael Valdés Valdés, que le había abierto las puertas del Hospital Arriarán, y lo presentaba ante nosotros como un ejemplo de hombre de bien.

Muchas veces expresó su deseo de escribir a los 33 años, sus memorias, para contar sus experiencias como estudiante y como cirujano. Creo que el trabajo, los viajes y los quehaceres o preocupaciones de aquellos años que estaba viviendo, no le dieron tiempo para hacerlo.

Otro de los rasgos dominantes del carácter \bar{x} de Gandulfo era su franqueza, producto tal vez del respeto que sentía por los demás y que le impedía ocultar su pensamiento, cuando ello no era impuesto por la buena educación. Naturalmente, no se gastaba franquezas con quien no lo necesitaba o no le interesaba; pero si en una discusión difería de nuestro punto de vista, no vacilaba en plantear el suyo, aun a riesgo de herirnos; así como tampoco vacilaba en decirnos lo que pensaba de nosotros mismos cuando creía que su amistad le creaba una obligación.

Personalmente todavía siento el escosor de su franqueza para corregir defectos que él creía que traicionaban mis buenas partidas. No voy a contar anécdotas, pero voy a transcribir párrafos de algunas de sus cartas, escritas en el curso del año 1931:

" Lamento no haber echado con Ud. un buen
 " párrafo. Me tenía preparado para Ud. un
 " buen discursito que siento haber perdido,
 " porque ya pasó su oportunidad, A los ami-
 " gos de mi alma yo les doy áspero y duro
 " con la oportunidad debida y ya no podrá
 " ser, porque la separación nos torna tímidos,
 " ceremoniosos y almibarados: la distancia
 " nos envuelve el espíritu en ese halo que
 " alarga las montañas en la lejanía: nos
 " hermosea borrándonos las aristas, las ver-
 " tientes y las hondonadas, pero nos falsea
 " un poco.

" Una opinión sincera: no se deje morder
 " por el ambiente. La alegría o la tristeza del
 " panorama se nos encajan en el alma cuando ésta
 " va enferma. Si algo somos, nuestra vida an-
 " terior encuentra en el ambiente más mezquino
 " lo suficiente para colmarse de grandeza y
 " belleza".

(20 de Abril de 1930).

Había sido así, desde niño. Dijo, por ejemplo, de él,
 Alejandro Reyes:

" No hubo entre los estudiantes de nuestro
 " tiempo ninguno que como Gandulfo ejerciera
 " en torno a sus compañeros una autoridad
 " moral tan grande como la suya. Y este as-
 " cendiente, que se imponía por sí solo, provenía
 " de su capacidad indiscutida y de su corazón
 " bondadoso. Severo consigo mismo, indulgente
 " con los demás, era, sin que se lo hubiera
 " propuesto, un moralista. Por esto mismo no
 " se podía aplicar a él aquel irónico dictamen
 " de Wilde, cuando dice que " detrás de cada
 " moralista se oculta un hipócrita ". Implaca-
 " ble con los pícaros y los malvados, a quie-
 " nes le gustaba desenmascarar, debe haber teni-
 " do entre ellos solamente, sus únicos enemigos.
 " La más alta condición de su espíritu fué, sin
 " duda, su profundo sentido humano. Era Hombre,

" y como tal, " nada de lo que al hombre atañe
 " le fué extraño ". Había en su fisonomía mo-
 " ral tantos rasgos del hombre superior, que irradia
 " ba atracción en torno suyo. Todos los que le
 " acompañábamos y le seguimos, era porque admi-
 " rábamos y queríamos en él a un joven Maestro.
 " Su influencia trascendió más allá de nuestra queri-
 " da Federación de Estudiantes y fué el mentor,
 " no sólo de estudiantes y obreros, sino que
 " también en todo círculo intelectual, y en-
 " tre los literatos, gente que escatima su co-
 " tización y su aplauso, la personalidad de
 " Juan gozó de incondicional ~~adm~~ admisión.
 " Se respetaba su ideología definida y profun-
 " da, sus convicciones revolucionarias since-
 " ras y arraigadas, que esculpía en su estilo lírico,
 " claro y vibrante, en los " carteles " semana-
 " les del periódico de vanguardia " CLARIDAD ",
 " que él dirigió y animó por mucho tiempo.
 " La llamada " generación del año 20 " lo
 " debió todo a él. Sus nobles condiciones de
 " carácter, su valor moral, todas las hermo-
 " sas calidades de su espíritu superior, se
 " evidenciaron ante Chile entero, en los accon-
 " tecimientos políticos de aquel año. En la
 " inolvidable convención estudiantil de 1920,
 " Juan con su elocuencia encendida, con la
 " fuerza arrebatadora de su convicción, con
 " su densa cultura, tuvo en ese torneo ideoló-
 " gico la más sobresaliente actuación.

" Cuando preconizaba el libre e integral
 " desarrollo de la personalidad humana, den-
 " tro de una organización económica de la
 " sociedad que hiciera posible esta suprema
 " aspiración de la conciencia humana, y
 " cuando se declaraba a sí mismo anarquista,
 " su figura moral, el hombre, toda su perso-
 " nalidad, cobraba relieves gigantescos".
 (" Vida Médica ", Mayo 1932).

No era hombre que le gustara discutir, pero tampoco era hombre de dejar sin contestación una afirmación que pudiera inducir a error. Y como argumentador era temible, porque a su dialéctica innata unía una gran serenidad que yo llamaría combativa porque no era de las que sólo se limita a contestar, sino que encerraba también una buena dosis de respuesta y de ataque. Para nosotros, alegar con Gandulfo era siempre salir derrotados y con algunas magulladuras.

Amaba el amor, pero nunca supe si alguna vez estuvo enamorado. El se sentía feo, pero sabía que interesaba, y agradecía a las mujeres que lo amaban. Siempre tuvo alguna cerca de sí. Hubo muchas que lo amaron apasionadamente. Pero creo que no les permitía que invadieran su vida. Reconocía que el amor embellecía nuestra vida y le daba dulzura y contenido. Por eso, aun cuando me he atrevido a decir que nunca se enamoró, siempre amó.

Precisamente por causa de una mujer se vió envuelto en aquellos años, casi diría friamente, pero por hombre, en un duelo.

Amaba la naturaleza. Gozaba con el aire y el campo y el mar. Nos decía que Santiago lo aplastaba un poco y que cada cierto tiempo sentía la necesidad de mirar el mar, de ver las olas, de recibir el olor de la playa y de dejar escapar su vista hasta el infinito sobre las aguas. Iba frecuentemente a Valparaíso y allí se sentaba largas horas frente al mar.....

Su madre era para él objeto de extraordinaria veneración. Hablaba de ella con admiración y extraordinaria ternura. Jamás dejaba de ir a visitarla a Viña.

No era hombre de una simpatía que hoy llamaríamos glamorosa. Pero es indudable que su calidad humana, y su personalidad se imponían adonde fuera y le ganaban simpatías. En la clínica, el maestro Sierra que lo recibió con afecto pero con cierta frialdad, fué tomándole más y más aprecio y le dió muestras crecientes de estimación y confianza.

Recuerdo que a Gandulfo y a mí nos trajo como ayudantes cuando fué a operar a San Carlos a un colega enfermo, Cuando a comienzos del año 1931 Sierra fué a Concepción invitado por la Universidad a dictar unas charlas, se hizo

acompañar de su Jefe de Clínica, Constant , y de Gandulfo. Puedo agregar que si en ese viaje Gandulfo no se robó, como diríamos hoy, la película frente a los médicos y a los estudiantes, fué porque nadie le podía robar la película a Sierra y porque el mismo sabía ser leal.

Nosotros, es decir, la gente joven de la Clínica: los médicos jóvenes, los internos, los alumnos que merodeaban alrededor del Pabellón, le teníamos un gran aprecio y un gran respeto; y podría decir que buscábamos su sociedad. El no escatimaba su compañía y diría que gozaba con la nuestra. Y luego de un período de observación, cuando encontraba en alguno de nosotros una pequeña veta de valor, tal vez alguna inteligencia, seguramente buena intención, sana ambición y empuje, nos abría las puertas de lo que yo llamaría su amistad, sin reparos y sin egoísmos.

BIBLIOTECAS UdeC

Durante aquellos seis años que transcurrieron entre comienzos de 1926 y el fatídico 27 de Diciembre de 1931, lo frecuenté y gocé de su amistad sin restricciones. La suya fué una influencia decisiva sobre mi vida y siempre agradeceré al destino que me haya permitido conocerlo.

Manuel Rojas dijo que tal vez el detalle dominante en Gandulfo era la audacia, la audacia básica, de afrontar los problemas, de afrontar las circunstancias y de vencerlas con ánimo resuelto y actitud creadora.

Así era Gandulfo. Diría más, que era valiente. Pero debo agregar también que no entendía él ni la audacia ni la valentía como un riesgo torpe y espectacular.

No tenía automóvil porque no quería complicarse la vida. Utilizaba en cambio, en forma permanente, un taxi cuyo chofer le era adicto y amigo. Como yo en ese tiempo tenía mi primer auto, siempre salíamos juntos o nos veníamos juntos desde el San Vicente. Con frecuencia tenía yo que sofrenar mis ímpetus porque a él no le gustaba correr ni arriesgarse en vano. Resulta una ironía del destino que él, que siempre fué en este sentido tan prudente, muriera a consecuencia de un accidente en que la velocidad fué, seguramente el factor decisivo.

Caminaba por la vida seguro de sí mismo. Sin traicionar su natural modestia, tenía conciencia de su capacidad. Por eso, tal vez, la prodigaba. Habría sido un espléndido profesor, ya tomaba perfiles de tal, así como se iba imponiendo como cirujano.

Cuando murió, hacía pocas semanas que acababa de regresar de un viaje por Europa. Este viaje, que él deseaba con vehemencia y que aprovechó en todos sus instantes con extraordinaria curiosidad y goce, había tenido un gran valor para él. Si el destino no hubiera tronchado su vida, esa experiencia habría dado curso a una de las realidades humanas más brillantes de nuestra medicina.

Al hilvanar estos recuerdos, muchos incidentes y anécdotas acuden a mi memoria, y muchas cosas querría yo decir para contarles a Uds. como era Juan Gandulfo. Mi admiración y mi cariño no son el producto de un aprecio dorado por los años transcurridos. Lo que estoy expresando ahora lo sentí ya cuando lo conocí, e incrementó mi dolor cuando lo perdimos. Es que era un alma privilegiada, generosa y desprendida; una inteligencia esclarecida por una extraordinaria capacidad natural y por muchas horas de desvelos y de disciplina. Era una personalidad descollante porque estaba excepcionalmente bien dotado y porque lo que le había enseñado la vida había sabido administrarlo bien y transformarlo en bondad, en buena intención, en tolerancia y en amor al prójimo.

La vida de Juan Gandulfo debió tener tres etapas: el cauce tumultuoso de su actuación estudiantil; el curso cada día más lleno de sus años de formación y madurez profesional; y el fluir tranquilo y fecundo de una plenitud llena de realizaciones. Su destino apresuró las dos primeras etapas y tronchpo en seco su vida cuando desembocaba en la última. Tenía en la frente el signo del maestro: lo fué y lo habría sido en grande; a pesar de su corta vida formó discípulos y seguidores. Por eso, a los 30 años de su muerte sentida, nuestra Sociedad honra su memoria en este recuerdo.

Podemos decir de él lo que diez años después de su muerte dijera Daniel Schweitzer: " Fué un gran corazón, una clara inteligencia, un hombre de acción que hizo el bien

y luchó por la verdad y la justicia " .

Parece que presentía su destino cuando en " Claridad ", en Diciembre de 1922, escribía estas palabras :

" ¡ Y no nos detendrá fuerza alguna, por-
" que somos más poderosos que la Muerte, pues
" si ésta nos desploma, nuestra sangre fecun-
" dará los campos y las montañas, donde se
" yerguen nuevas vidas pletóricas de Juven-
" tud, Verdad y Belleza !

" ¡ Y nuestro verbo, repetido por el eco
" hasta el infinito, nimbarrá la Tierra en un
" halo luminoso y radiante.....

" Y cuando después de reposar, no tengamos
" fuerzas para levantarnos y reanudar la lucha
" cotidiana, nos tenderemos serenamente para
" que la Tierra, en un beso potente, disuelva
" nuestra carne y nuestros huesos para siempre
" jamás ! " .

Dr. Ignacio González Ginouvés

IGG/mrs/fdep

CONCEPCION, Agosto de 1962.